

una princesa de Francia con Fernando. En efecto, acababa á la sazón de recibir la carta del rey Carlos IV renovando la consabida demanda matrimonial, y aunque se inclinaba mucho hacia una resolución más radical, no por eso excluía de sus proyectos esta especie de partido medio. Propuso, pues, á Luciano que le diese una hija que tenía de su primer matrimonio para hacerla educar cerca de la emperatriz madre, imbuirla bien en sus miras y mandarla en seguida á España á regenerar la raza de los Borbones. Si no se decidía á confiarle esta misión, no le faltaban otros tronos, más ó menos elevados, en que colocarla por medio de un enlace. Por lo tocante á la persona de Luciano, estaba dispuesto á conferirle la categoría de príncipe francés, y aun á hacerle rey de Portugal, con lo que lograría establecerse á la mira de su hija, siempre que se anulase su segundo casamiento indemnizando á la esposa repudiada con un título y una cuantiosa dotación. Posibles eran estos arreglos, pero fueron propuestos con imperio y rechazados con enfado, y los dos hermanos se separaron conmovidos é irritados, pero sin embargo no enemistados, puesto que una parte de lo que Napoleón quería, que era la ida á París de la hija de Luciano, se verificó pocos días después. El día inmediato siguiente salió Napoleón para Milán, adonde llegó el 15 de diciembre.

Esperábanle allí despachos recibidos de España y de todos los puntos del imperio. En el camino había recibido las cartas de sus agentes relativas á la Península y las de Carlos IV pidiéndole una princesa de Francia y la publicación del tratado de Fontainebleau. En la situación actual de su ánimo no le era posible resolver tan graves cuestiones. No quería comprometerse todavía en nada porque en nada se había fijado aún, por más que se inclinaba, como dejamos dicho, á la resolución de destronar á los Borbones. Por lo tanto, mandó á Mr. de Champigny que escribiese á Madrid que había recibido las cartas del rey Carlos IV y que apreciaba su importancia; pero que absorbido exclusivamente por los asuntos de Italia, donde no podía ya permanecer arriba de unos cuantos días, le impedía en la actualidad ocuparse de los de España con toda la atención de que eran dignos, pero que de vuelta en París daría á las cartas del rey la condigna respuesta. Insistió nuevamente en que el tratado de Fontainebleau permaneciese todavía por algún tiempo secreto; y por lo tocante á Mr. de Beauharnais, sin tomar en consideración sus consejos y sus juicios, le dirigió respuestas insignificantes, pero formales en este solo punto, á saber: en cuanto á prohibirle expresamente que demostrase la menor predilección hacia ninguno de los partidos que dividían á la corte de España, y que dejase traslucir hacia qué lado propendía el gabinete francés.

No era cierto sin embargo que Napoleón, todo absorto en los asuntos de Italia, no pensase en los de España; por el contrario, había expedido nuevas disposiciones militares para aumentar gradualmente sus fuerzas, así á uno como á otro lado de los Pirineos; de modo que, cualquiera que fuese el partido que adoptara, no tuviese más que expresar la voluntad en que se fijara. Todas las noticias que de la situación de España recibía contribuían á convencerle de que se iba aproximando el momento crítico, pues ya no parecía posible hacer reinar al favorito, inspirar paciencia á Fernando

y contener la indignación del pueblo español. Quería, pues, estar pronto á aprovecharse de la primera proporción, y tener con este objeto en la Península fuerzas considerables, sin disminuir el grande ejército ni el ejército de Italia, que le servían para mantener á la Europa aliada ó sometida. Además del ejército del general Junot, necesario en Portugal, había preparado, según se ha visto, otros dos cuerpos, á saber, el del general Dupont y el del mariscal Moncey, y ni esto le parecía bastante. Consideraba que estos dos cuerpos, encaminados por la ruta de Burgos y Valladolid so pretexto del Portugal, pudiendo dirigirse sobre Madrid con un movimiento á la izquierda impondrían respeto á la capital y á las dos Castillas. Pero creía deber ocupar además la Navarra, Aragón y Cataluña, provincias de suma importancia por su espíritu, por su posición y por las plazas que contenían, si no con fuerzas que entrasen en ellas inmediatamente, al menos con tropas prontas á hacerlo cuando fuese necesario. Quería, pues, tener dispuestas dos divisiones, una que, situada cerca de San Juan de Pie de Puerto, pudiese con cualquier pretexto caer sobre Pamplona, y otra que, reunida en Perpiñán, pudiese igualmente entrar en Barcelona y apoderarse de esta ciudad y de los fuertes que la dominan. Dueño de Pamplona y de los fuertes de Barcelona, tenía Napoleón dos bases sólidas para los ejércitos que tuvieran que marchar sobre Madrid. Sin embargo, aunque la crisis le parecía en el Escorial inminente, no quería ni apresurarla ni tomar de una manera demasiado ostensible el carácter de invasor poniendo tropas en otros puntos fuera de los caminos de Burgos, Valladolid y Salamanca que conducían á Portugal. La reunión probable de las tropas inglesas en las costas de la Península no podía menos de ofrecerle más adelante motivos especiosos para introducir nuevas fuerzas en el interior de España. Entretanto bastábale tenerlas reunidas en la frontera. El ejército del general Junot, compuesto de los antiguos campamentos de la Bretaña, había dejado algunos batallones de depósito con los que podía completarse una división de tres á cuatro mil hombres, muy bastante para ocupar á Pamplona y contener á Navarra. Estos batallones, que eran cinco, pertenecían á los 15, 47, 70 y 86 de línea. Un batallón suizo, acantonado en las cercanías, proporcionaba el modo de aumentarlos hasta seis. Mandó Napoleón que se reuniesen inmediatamente en San Juan de Pie de Puerto bajo el mando del general Moutón y que se les agregase una compañía de artilleros de á pie. Para la división de Perpiñán buscó los elementos en la misma Italia. Tenía allí regimientos lombardos y napolitanos, convenientes para el clima de España, pero que necesitaban aprender á hacer la guerra en la escuela de los franceses. El regreso de las tropas auxiliares á sus países respectivos permitía disponer inmediatamente de una parte de los regimientos italianos situados más cerca de Francia. Contando con esto, mandó Napoleón que se encaminasen hacia Aviñón cuatro batallones italianos, tres residentes en Turín y uno en Génova. Hallábase cerca de Grenoble un hermoso regimiento napolitano que su hermano José le había mandado para que lo ejercitase, y también se dió orden de que pasase á Aviñón. Dirigiéronse al mismo punto cuatro escuadrones lombardos y napolitanos que componían unos seiscientos ó setecientos ca-

ballos con varias compañías de artillería. El regimiento francés que dejaba la plaza de Braunau, restituida á los austriacos, estaba atravesando los Alpes para volver á Italia, y se le designó una ruta que le condujese al Mediodía de la Francia. Finalmente, los cinco regimientos de cazadores y los cuatro de coraceros trasladados en el último invierno desde Italia á Polonia tenían en el Piamonte sus depósitos, bien provistos de hombres y de caballos como todos los del ejército. Sacó de ellos además Napoleón dos excelentes brigadas de caballería que formaron bajo el general Bessieres una división de mil doscientos jinetes. Agregando á estas tropas unos cuantos batallones franceses ó suizos residentes en la Provenza, era fácil reunir en Perpiñán un cuerpo de diez ó doce mil hombres para Cataluña.

Tomadas estas disposiciones para las tropas que no habían de atravesar aún los Pirineos, prescribió Napoleón un nuevo movimiento á las que ya los habían pasado. Mandó al general Dupont, de cuyo ejército había ya avanzado una división hasta Vitoria, que pudiese en movimiento las otras dos, para poder tener las tres reunidas entre Burgos y Valladolid á principios de enero, en apariencia de marchar sobre Salamanca y Ciudad Rodrigo, ó lo que es lo mismo sobre Lisboa, pero con la precaución de observar el puente del Duero, camino de Madrid, para tomarlo á la primera ocasión. Encargó al general Moncey que ocupase con los cuerpos de las costas del Océano las posiciones que el general Dupont dejaba vacantes y que acercase á Vitoria una de sus divisiones. Estos movimientos no podían aumentar mucho los recelos de la corte de España, puesto que se verificaban con dirección á Lisboa. Para que pareciesen todavía más naturales, hizo Napoleón comunicar al ministerio español por conducto de Beauharnais las noticias más alarmantes sobre una aglomeración de fuerzas inglesas en Gibraltar: aglomeración por otra parte muy cierta y en manera alguna supuesta, pues acababa de saberse que el gobierno británico mandaba evacuar casi enteramente la Sicilia y se disponía enviar á Portugal las tropas que habían regresado de Copenhague. Instó mucho al gabinete español para que tuviese bien guardadas á Ceuta, Cádiz, Campo de San Roque y las Baleares, y con darle tan útiles consejos hizo más verosímiles los pretextos alegados para introducir nuevas tropas francesas en España.

Urgíale á Napoleón despachar los negocios de Italia para volver á París, desde donde podía vigilar más de cerca el objeto de sus constantes meditaciones. Pero había una cuestión que hubiera podido resolver más fácilmente en París que en Milán, por tener allí más luces á su disposición, y cuya decisión sin embargo no quiso retrasar un solo día, cual era la relativa á las últimas ordenanzas del Consejo expedidas el 11 de noviembre por el gobierno británico sobre la navegación de los neutrales. Con estas ordenanzas acababa la Inglaterra de empeñarse más todavía en el sistema de la violencia, y, como es fácil pensar, Napoleón no trataba de quedarse atrás. Tenía formal empeño en corresponder sin demora á aquel duro golpe con otro más duro todavía. Son sabidos los pasos ya dados en tan funesta vía. A la pretensión de embargar la propiedad enemiga hasta en pabellones neutrales, y de aplicar el derecho de bloqueo á una vasta extensión de costas que era ma-

terialmente imposible bloquear, Napoleón había respondido al principio cerrando al comercio inglés todas las costas del imperio y de los países sometidos á su influencia; pero después, creciendo su exasperación al compás de las violencias autorizadas por el almirantazgo, expidió los famosos decretos de Berlín, declarando las islas Británicas en estado de bloqueo, prohibiendo el comercio de las mercaderías inglesas en todos los puntos donde dominaba, mandando en todas partes su embargo y confiscación, y anunciando que ningún buque que hubiese tocado en cualquiera de los tres reinos unidos, ó en cualquier colonia inglesa, sería admitido en los puertos de Francia ó de las naciones aliadas. Publicáronse varios decretos reglamentarios imponiendo á los buques cargados con géneros coloniales la obligación de llevar consigo certificados de origen expedidos por los agentes franceses; y todas las mercaderías á las que no acompañase este documento, estaban sujetas á confiscación. La alianza celebrada con la Rusia y la Dinamarca, la adhesión prometida por el Austria y la obediencia ya asegurada de los dos gobiernos de la península iban á hacer extensivas á todo el continente estas formidables disposiciones.

La Inglaterra reconocía por fin que el sistema de las prohibiciones seguido con empeño le era más perjudicial á ella que á la Francia, porque tenía más necesidad de vender que el continente de comprar; que los géneros coloniales, con los que ejercía un monopolio casi exclusivo, porque su marina apresaba con cualquier pretexto hasta los mismos buques de los Estados Unidos, quedarían estancados en sus almacenes; que á sus manufacturas les estaba reservada la misma suerte; que tendría muchos perjuicios que sufrir, así para la importación como para la exportación, porque no podría recibir ciertas materias primeras que le eran indispensables, tales como las lanas de España y las municiones navales del Norte; que en semejante estado comercial, la Francia resultaría la menos agraviada, porque podría abastecer al continente de estofas que las fábricas inglesas no producirían, y por lo tocante á los géneros coloniales, siempre podría proporcionárselos por medio del corso ó de los buques que lograran sustraerse á los cruceros, en cantidad suficiente para sus necesidades, aunque los pagase á muy subido precio; y que en último resultado nunca la carestía del azúcar y del café produciría para la Francia perjuicio de tanta monta como los que acarrearía á la Inglaterra la supresión de toda clase de cambio. Por estas razones había abandonado el gabinete británico su sistema de exclusión é imaginado facilitar el comercio general, pero obligándole á que pasase todo entero por la Gran Bretaña y constituyéndole además su tributario. Para conseguirlo se decretó en tres ordenanzas del Consejo, fechadas en 11 de noviembre de 1807, que todo buque perteneciente á una nación que no estuviese en guerra declarada con la Gran Bretaña, aunque dependiese más ó menos de la Francia, pudiese entrar libremente en los puertos del Reino Unido ó de sus colonias y dirigirse luego adonde quisiera, con tal de que tocase en Inglaterra sacando ó dejando en ella mercancías, ó pagase un derecho de aduanas equivalente por término medio á un veinticinco por ciento. Por el contrario, cualquier buque que no hubiese tocado en algún puerto de la Gran Bre-

taña y llevase entre sus papeles certificado de origen expedido por un agente francés, podría ser embargado y declarado como presa de buena ley. De este modo los buques mercantes se veían precisados (por lo menos en cuanto podía ejecutarse una ley tan violenta en la inmensidad de los mares), cualquiera que fuese su procedencia, á detenerse en Inglaterra para satisfacer derechos ó abastecerse de géneros y mercaderías inglesas. Todo comercio tenía, pues, que pasar por los puertos ingleses y toda mercadería tenía que proceder de allí ó pagar en ellos derechos. Merced á estas prescripciones, los ingleses tenían un medio seguro para hacernos tomar sus géneros coloniales, que no llevaban en sí mismos, como los tejidos de algodón por ejemplo, patente su origen; porque, en efecto, llegaban al Támesis los buques neutrales, los cargaban de azúcar y café, después los acompañaban hasta ponerlos á vista de nuestras costas para librarlos del reconocimiento, y los introducían en nuestros puertos ó en los de Holanda resguardados con falsos documentos, que los hacían pasar por neutrales procediendo directamente de América.

Cuando Napoleón recibió en Milán, donde á la sazón se hallaba, las ordenanzas del 11 de noviembre, escribió á París pidiendo al ministro de Hacienda y al director de aduanas un informe acerca de ellas; pero no pudiendo resignarse á esperar su respuesta, expidió con fecha del 17 de diciembre un decreto, célebre bajo el nombre de decreto de Milán, mucho más riguroso que todos los anteriores. En el decreto de Berlín se había limitado á excluir de los puertos del imperio todo buque que hubiese tocado en Inglaterra; en el presente decreto hizo más: declaró despojado de la consideración de nacional, y por lo tanto como de presa legítima, á todo buque que hubiese atracado en Inglaterra ó en sus colonias sometiéndose á la obligación de pagar un derecho cualquiera; y estableció en varias disposiciones reglamentarias penas severas contra los capitanes y marineros culpables de falsas declaraciones. Mientras Napoleón publicaba este decreto, Gaudín, Cretet, Defermón y Collín de Sussy respondían á sus preguntas, y le proponían una medida encaminada con corta diferencia al mismo objeto, pero más rigurosa todavía, cual era la de prohibir toda clase de relaciones comerciales con el imperio francés á las naciones que no hubiesen ya por su parte roto todo comercio con la Inglaterra. Pero el decreto de Milán era muy suficiente para cortar más eficazmente que nunca las relaciones que la Inglaterra había querido restablecer en provecho propio. Sin embargo, no se lograba esta ventaja sin redoblar una violencia que no podía menos de llegar á cansar á la Francia y á sus aliados tanto como á la misma Inglaterra.

Salva esta breve diversión, consagró Napoleón todo el tiempo que le quedaba á la administración del reino de Italia. Puntuales á la convocatoria que se les había dirigido, reunieron en Milán á fines de diciembre los tres colegios de Possidenti, Commercianti y Dotti, para recibir comunicaciones de varios actos esenciales. Por el primero de estos actos Napoleón adoptaba solemnemente por hijo al príncipe Eugenio de Beauharnais. Por el segundo determinaba los efectos de esta adopción asegurando al príncipe Eugenio la sucesión á la corona de Italia y restringiendo su derecho de suceder á aquella corona solamente, lo cual excluía toda posibi-

lidad de suceder algún día á la corona de Francia. Establecidos ya sus hermanos y hermanas, muy natural era que atendiese Napoleón á los objetos de su más cordial predilección, cuales eran los hijos de la emperatriz Josefina, y en particular Eugenio de Beauharnais, que le servía en Italia con modestia, prudencia y abnegación. Este príncipe era muy querido de los italianos, los cuales nunca habían tenido un gobierno más suave é ilustrado que el suyo, y descansaban de los horrores de la guerra hacía ya dos años en el seno de una paz dulcísima.

Quedando, pues, en la actualidad unida la corona de Italia con la de Francia, siendo solamente su presunto heredero Eugenio de Beauharnais con el carácter de virrey, quiso Napoleón que llevase éste el título de príncipe de Venecia, nombre que había de quedar reservado en adelante para los herederos presuntos del reino de Italia. Creó el título de princesa de Bolonia para la hija que acababa de nacerle á Eugenio de su consorcio con la princesa Augusta de Baviera. Por último, deseoso de dar una nueva muestra de favor al antiguo vicepresidente de la república italiana, el duque Melzi, le nombró duque de Lodi, título tomado de uno de los hechos de armas más gloriosos de nuestras primeras campañas.

Dedicóse en seguida á modificar en algunos puntos la constitución del reino, aunque en realidad esta constitución era de poca importancia por cuanto en Italia bastaba para todo la mera voluntad de Napoleón, sin que esto mereciese deplorarse, pues exceptuadas ciertas exigencias dimanadas de la guerra general, su voluntad en aquellos momentos no conspiraba más que al bien. El colegio de los Possidenti, que era de los tres mencionados el más poderoso, votó la erección de un monumento que perpetuase la memoria de los beneficios de que Napoleón había colmado á la Italia.

Terminadas estas operaciones, partió para el Piamonte, visitó la gran plaza de Alejandría, felicitó en ella al general Chasseloup, encargado de su construcción, y después pasó á Turín, donde prodigó nuevas atenciones á aquellas provincias ya francesas. Con objeto de ligar más estrechamente el Piamonte á la Liguria, decretó la construcción de un canal que, desembocando en el mar por Savona y atravesando el Apenino por su parte más llana para unirse con el Bórmida en Carcara, debía juntarse con el Po y el Mediterráneo. Encargó que se perfeccionase la navegación desde Alejandría al Po, de modo que pudieran los buques recorrer aquella distancia en todo tiempo. Hizo rectificar en algunos puntos la carretera de Alejandría á Savona, y quiso se le diese comunicación con el camino de Turín, abriendo un ramal desde Carcara á Ceva. Decidióse la abertura de la carretera del monte Ginebra por Brianzón, Fenestrela y Pignerol, que unida á la del monte Cenis debía completar todo el sistema de comunicaciones entre Francia y el Piamonte por los Alpes Cocianos. Decretó asimismo la construcción de varios puentes: uno de piedra sobre el Po, en Turín; otro también de piedra sobre el Doira; otro de madera sobre el Sesia, en Vercelli; otro también de madera sobre el Bórmida, entre Alejandría y Tortona; y otros tres por último de menos importancia y también de madera sobre tres torrentes que corren entre Turín y Vercelli. Cuidó al propio tiempo de arbitrar recursos para emprender tan

vastos trabajos; porque no era de aquellos que emprenden nuevos proyectos sin curarse de las cargas que pueden originar; y destinó á estas utilísimas obras el resto de un crédito que había contra los compradores de bienes nacionales, el producto de las fincas hipotecadas y cierta imposición sobre el arrendamiento de la sal.

Salió Napoleón de Turín entre las aclamaciones de los pueblos agradecidos y llegó á París el 1.º de enero de 1808, muy adelantado ya el día, pero á tiempo para recibir los homenajes de la corte, de las autoridades públicas y de todo el vecindario. Su regreso á la capital del imperio iba á abrir la época de las más graves determinaciones de su reinado. Era menester, en efecto, adoptar un partido con la España, porque no se podía ya diferir más tiempo la contestación á Carlos IV. También había que tomar otro con la corte de Roma, cuyas relaciones iban haciéndose cada día más complicadas. Iba Napoleón á estrellarse contra los dos vestigios más antiguos y formidables del antiguo régimen: los Borbones de España y el Papado.

Dominado sin tregua, desde que había quedado pacificado el continente, por la idea sistemática de substituir en todos los tronos los Bonapartes á los Borbones, y arrastrado hacia esta idea por un sentimiento de familia, y también por su genio reformador, al cual repugnaba el dejar subsistir á su lado las monarquías degeneradas, inútiles ó perjudiciales para la causa común, Napoleón, como hemos visto, vacilaba en cuanto á la España entre los más diversos proyectos.

Presentábanse á su ánimo tres partidos: primero, granjearse la amistad de la península por medio del casamiento de una princesa de Francia con el príncipe de Asturias, y de la caída del valido, sin exigir de los españoles nada que pudiera herir su altivez ó su ambición; segundo, otorgar cuanto acaba de mencionarse, esto es, el enlace y la caída del favorito, pero haciéndolo pagar con sacrificios de territorio que nos asegurasen las riberas del Ebro, las costas de Cataluña y el goce común de las colonias españolas; tercero y último, recurrir á la necesidad de destronar á los Borbones é imponer á los españoles una nueva dinastía, no exigiendo de ellos ninguna cesión de territorio, ni ventaja ninguna comercial, y contentándose, como único resultado, con haber íntimamente ligado los destinos de España á los de Francia.

Ninguno de estos tres partidos era bueno (y vamos á decir por qué), si bien no todos eran igualmente malos.

Conceder á Fernando una princesa de Francia y añadir á esta merced el derrocamiento del favorito, imponiendo como pago de este doble beneficio alguna cesión, hubiera sido colmar de júbilo á la nación española, lograr por cierto tiempo una abnegación absoluta de su parte, y granjearse en ella un apoyo enérgico contra cualquier ministro que no hubiera procedido resueltamente de conformidad con la política francesa; pero el agradecimiento es en los pueblos pasajero como en los individuos: la envidia española hubiera vuelto á despuntar en breve al debilitarse el recuerdo de los beneficios debidos á Napoleón, y Fernando, que tenía todos los defectos del carácter español sin tener ninguna de sus dotes, hubiera llegado á ser muy pronto tan enemigo de la Francia como el mismo Godoy. Su incapaci-

dad y su pereza hubieran repugnado los consejos de Napoleón tanto como los repugnaba el favorito, y pasados los primeros días de expresivo reconocimiento, hubieran vuelto las cosas á su antiguo ser: la ignorancia, la incuria, el odio á toda mejora, los celos de la superioridad extranjera hubieran vuelto á ser, como en lo pasado, el carácter distintivo del gobierno español bajo el nuevo reinado. Verdad es que junto al trono hubiera habido una princesa francesa que hubiese hecho recordar los saludables consejos recibidos de París; mas hubiera tenido que ser una mujer de rara superioridad para resistir á tendencias tan opuestas, y quizás esa misma superioridad la hubiera hecho odiosa. La historia de lo pasado no podía ser muy tranquilizadora para una princesa de Francia que llevase á España el atractivo de nobles cualidades. Por otra parte, no se forman siempre que se quiere princesas adornadas con todos los dones de la naturaleza, y puede decirse que las que Napoleón tenía á la sazón para escoger no anunciaban las fascinadoras cualidades que las circunstancias reclamaban como necesarias para su papel, si bien peligrosas para ellas mismas.

El segundo proyecto, reducido á exigir en pago del casamiento, del derrumbamiento del favorito y de la cesión de Portugal sacrificios considerables como el abandono de las provincias del Ebro y el libre uso de las colonias españolas para los franceses, no venía á ser otra cosa más que el primer proyecto muy agravado. Las provincias del Ebro ofrecían una ventaja más aparente que positiva, porque eran las que por causa de su misma vecindad apreciaban menos á los franceses. Siempre hubieran permanecido extrañas á la Francia, como los milaneses al Austria; porque siempre el Pirineo les hubiera recordado que eran españolas y no francesas, y lejos de valernos un solo soldado, ó un solo escudo, nos hubiera costado su conservación mucha gente y dinero. El supuesto predominio que con ellas hubiéramos adquirido sobre España, era, por lo menos en aquella época, muy ilusorio. Partir de Pamplona ó de Zaragoza, en vez de partir de Bayona, para marchar sobre Madrid, no constituía una diferencia bastante notable para que pudiera creerse que la España pasaba con respecto á nosotros de un estado de independencia á un estado de sumisión; y por el contrario, esta desmembración de su territorio hubiera indignado á los españoles, envenenando de tal modo su júbilo de ver á Fernando casado con una princesa de Francia y derribado al favorito, que desde el primer día hubiera despuntado la ingratitud. La misma Lisboa hubiera carecido de atractivo á sus ojos, teniendo que ceder en trueque á Zaragoza ó á Barcelona. Por lo tocante á la mancomunidad de las colonias españolas con los franceses, era esta una ventaja positiva, muy apetecible y fácil de conseguir sin suscitar resentimientos si hubiera sido la única recompensa exigida en cambio del Portugal, del matrimonio y del derrumbamiento del favorito. Así, pues, este segundo proyecto, ni siquiera tenía el mérito de granjearnos la adhesión de la España por un solo día, y nos exponía al odio eterno de los españoles á trueque de algunas cesiones territoriales imposibles de conservar.

El tercer proyecto hacía el cual parecía Napoleón impelido por un instinto irresistible, consistía en destronar á los Borbones, en unir definitivamente á la Francia

con la España por medio de una misma dinastía, en regenerar á esta última para hacerla útil, tanto á ella misma como á la causa común, en no quitarle nada, sino por el contrario darle el Portugal, la caída del favorito y reformas interiores; en renovar en suma la política de Luis XIV cuyas miras no podían ser demasiado elevadas para un hombre superior á toda magnitud conocida. Fuerza es reconocer que la política de Luis XIV, además de no ser demasiado grande para Napoleón, era la política natural que debía seguir la Francia. Ciertamente la verdadera y legítima ambición que á Napoleón se le hubiera debido desear y que hubiera justificado las reglas de la sana política aunque no saliese airosa, era reunir en un mismo espíritu y en unos mismos intereses todo el Occidente, esto es, la Francia y las dos penínsulas italiana y española, y oponer su poderío continental á la coalición de las cortes del Norte, y su poderío marítimo á las pretensiones de la Inglaterra; pero cabalmente el castigo del pródigo que malgasta su caudal en cosas inútiles, consiste en no poder luego atender á los gastos necesarios. Así Napoleón por haber emprendido en el Norte un proyecto inmenso, exorbitante y nada propio de los verdaderos intereses de la Francia, como el de constituir una Alemania francesa con gran descontento de los pueblos alemanes, y el de intentar la restauración de la Polonia á pesar del Austria y de la Prusia, iba á carecer de los medios que reclamaba la ejecución de sus designios más profundamente políticos. Veíase en efecto precisado á conservar á un mismo tiempo trescientos mil hombres entre el Óder y el Vístula, para asegurar la sumisión de la Alemania y la alianza de la Rusia, y ciento veinte mil en Italia para quitar al Austria todo deseo de atravesar los Alpes. Si además necesitaba otros ciento ó doscientos mil hombres para dominar á la España, para arrojar de ella á los ingleses, que iban á tener en su suelo un apeadero cómodo y seguro, puesto que para poner en ella el pie les bastaba cruzar el golfo de Gascuña; si necesitaba todos estos ejércitos en Alemania, Italia y España, nada menos había menester que una masa de ochocientos ó novecientos mil hombres, resultando de aquí una extensión de atenciones, de esfuerzos y de dominios que acabarían por no poder abarcar ni la Francia ni su mismo genio.

Lo que á la sazón pasaba lo estaba ya probando, pues para proporcionarse tropas sin debilitar el grande ejército y sin dejar desguarnecidas las ciudades de Alemania y de Italia, se veía precisado á ingeniarse de mil modos y hasta el presente sólo conseguía hacerse con reclutas mandados por oficiales sacados de los depósitos y ya en estado de retiro. Este era el primer síntoma de la situación que Napoleón había creado multiplicando desmedidamente sus empresas. Otra circunstancia debía contribuir también á agravar esta insuficiencia de recursos. La sumisión de la corte de España, aunque complicada con muchas traiciones secretas, aunque esterilizada por la incapacidad de la administración española, tenía todas las apariencias de la más completa abnegación. Por esta razón, Napoleón no podía alegar ninguna razón especiosa contra la corte del Escorial, y el acto despótico de destronar á Carlos IV por razones que, aunque fuesen muy políticas, eran de todo punto contrarias á la equidad y difíciles de comprenderse por las

masas, además de necesitar un éxito definitivo para ser admitidas, podía producir un levantamiento en una nación altiva, recelosa y animada de un rencor vehemente contra todo lo extranjero. Había, pues, exposición de chocar con sus instintos morales y para reprimirla se necesitarían fuerzas muy superiores á las que Napoleón podía reunir. Para esta empresa nada servían mozos reclutas, que, aunque valientes, ofrecían un personal poco formidable; era preciso tener soldados veteranos, capaces de infundir terror por su número y su presencia, y que, cayendo de improviso sobre todos los puntos á la vez de la atónita península, sofocasen el instinto público, contuviesen á su población medio salvaje y diesen por fin á la clase media, que deseaba un nuevo orden de cosas y que propendía á esperarlo de la Francia, tiempo bastante para confirmarse en su sentir y poder propagar sus ideas. Con estas condiciones hubiera podido tal vez cumplirse el proyecto extraordinario que Napoleón se veía precisado á acometer, y precavido de este modo el primer movimiento de insurrección, la nación española hubiera poco á poco aprendido á reconocer los beneficios que de la Francia recibía. Pero intentado con escasez de recursos semejante proyecto, podía ser el principio de una larga serie de desastres.

Era además condición necesaria para el buen éxito de esta empresa, conservar en toda su intimidad la nueva alianza que Napoleón acababa de celebrar en Tilsit; porque si había que volver á abrir campañas como las de Austerlitz y de Friedland, mientras se hiciese la de España, además de la dificultad de vencer en estas dos extremidades del mundo europeo, iba á resultar, no sólo una empresa doble, sino que la segunda sería cien veces más ardua, porque los españoles cobrarían grandes ánimos con cualquiera guerra que se suscitase en el Norte. Así, pues, por enojosa que fuese la condescendencia con la ambición de Alejandro, no había más remedio que decidirse y precaver los inconvenientes de la diseminación de las fuerzas francesas, pagando á cualquier precio la cooperación del grande imperio del Norte y comprando en suma con la Valaquia y la Moldavia la posibilidad de destronar impunemente á los Borbones de España.

Por último, aun cuando se llenasen todas estas condiciones, todavía quedaba una grave exposición, grave y aun probable para Francia y para España, de perder las pingües colonias españolas. Estas colonias, en efecto, estaban ya sordamente trabajadas por cierto espíritu de sedición. El ejemplo de los Estados Unidos había desarrollado grandemente en ellas el amor á la independencia, á la que las exponía más todavía la vergonzosa incuria de la metrópoli, que las tenía sin defensa. Era, pues, muy de temer que una dinastía nueva é impuesta á la nación les sugiriese el pretexto que para insurreccionarse anhelaban y que la protección inglesa les suministrase además el instrumento. En tal caso, muy fácil de prever, la España iba á quedar arruinada hasta que se proporcionase nuevos medios de prosperidad, y la Francia iba á enriquecer el comercio inglés con todas las ventajas que para sí debía sacar de las vastas colonias españolas.

Tales eran los tres proyectos que tenía Napoleón para escoger. Cada cual ofrecía sus inconvenientes: el primero, que hubiera colmado los deseos de todos los espa-

ñoles, librándolos del favorito, asegurándoles la protección de Napoleón por medio de un enlace y cediéndoles la capital de Portugal sin la menor compensación territorial, quizás no hubiera sido más que una burla; el segundo, que reclamaba en pago de todos estos beneficios una cesión territorial muy costosa y dura, les hubiera soliviantado; el tercero, finalmente, que resolvía la cuestión de una manera decisiva, que estrechaba definitivamente los vínculos entre Francia y España, que regeneraba á ésta sin imponerle otro sacrificio más que el de una dinastía ya envilecida, podía, sin embargo, excitar un levantamiento general, exigía, por lo tanto, fuerzas que Napoleón no podía reunir y por último ponía las colonias españolas en muy grave riesgo.

Todo considerado, lo mejor que podía hacer Napoleón era adoptar el primer proyecto, esto es, liberrar á la España del favorito, concederle la mano de una princesa de Francia, cederle el Portugal sin exigir en cambio las provincias del Ebro, lo cual hubiese colmado de júbilo á todos los españoles, y reclamar de esta nación todo lo más la participación de sus colonias y aun quizá el abandono de las islas Filipinas, de las cuales no sacaba la metrópoli ningún partido: ventajas positivas, únicas que podían desearse y que nos hubiera concedido la España sin pesadumbre y sin que se sintiese en manera alguna la opinión en que nos tenía. Hubiera podido ser acaso efímero el agradecimiento, pero siempre habría durado lo suficiente para llevar á cabo la guerra marítima, para obtener durante el último período de esta guerra la sincera cooperación de los españoles contra los ingleses, y para adquirir al menos á sus propios ojos el derecho de exigirle y de castigar su ingratitude en caso de negativa.

Pero este plan, que era el único que no acumulaba nuevas empresas á las que agobiaban ya al imperio, no merecía la aprobación de Napoleón, cuyos secretos deseos contrastaba, ni la de Mr. de Talleyrand, que no tenía valor para sostenerlo, aunque ya desde entonces empezaba á temer las consecuencias que podía producir la política de que se había constituido en panegirista. Háblasele visto, para recobrar la gracia imperial, entrar lleno de complacencia en todas las ideas de Napoleón, admitir sus más íntimas confidencias y ser su más sufrido y devoto interlocutor; y ahora que la prudencia se oponía en él al deseo de agrandar, titubeaba y buscaba en el segundo proyecto un término medio que pusiese en conformidad al hombre de Estado con el cortesano. Afectaba creer que era preciso no tomar demasiada parte en los asuntos de la Península; que convenía sacar de la España el partido que se pudiera entregándola después á sí misma y con este fin, sin aspirar á la misión de regenerarla, darle una princesa francesa, puesto que la pedía; librarla del valido, á quien ya no quería sufrir, y entregarle por fin la parte reservada de Portugal, demasiado apartada de la Francia para poner empeño en su conservación, pero haciéndosela pagar con el Aragón, Cataluña, las Baleares y la mancomunidad en las colonias españolas, y después de lograda esta rica compensación, dejarla obrar observando sus pasos desde las murallas de Barcelona, Zaragoza y Pamplona (1); de este modo procuraba Mr. de Talleyrand des-

(1) Esto explica por qué, después de haber aplaudido Mr. de Talleyrand más que otro alguno la propensión de Napoleón á in-

viar á Napoleón del principio funesto á que le había conducido; pero éste, que consideraba semejante proyecto á sangre fría porque no le tenía afición, veía en él los mismos peligros que en el último; porque á sus ojos era tan difícil quitar á los españoles Pamplona, Zaragoza y Barcelona, como arrebatárselas la envilecida dinastía que les gobernaba, y así volvía siempre por un irresistible impulso á la idea de expulsar á los Borbones del último trono que les quedaba en Europa, persuadido de que era menester aprovechar la época de su omnipotencia en el continente, en el que la Inglaterra lo había hecho ya todo lícito con su conducta en Copenhague, sobre todo encontrándose joven, vencedor, obedecido y servido por la fortuna, para dar cima á su sistema con un golpe ruidoso dado á la dinastía española, después de lo cual, lograrían, así él como el ejército, la Francia y el Occidente todo, descansar, deslumbrados con su gloria, satisfechos del orden establecido y de las sabias reformas obradas por su mano. Juzgaba asimismo que, todo bien considerado, no excederían mucho las dificultades de esta empresa de las que en Nápoles se habían suscitado; que suponiendo que fuesen los españoles tan duros y obstinados como los bandoleros de las Calabrias, bastaría triplicar ó cuadruplicar la extensión de estas provincias, y calcular que, en vez de veinticinco mil franceses, se necesitarían cien mil para formarse una idea aproximada de los obstáculos que habría que superar; que sus bisoños, que habían dado pruebas en todas partes de valer tanto como las mejores tropas europeas, conseguirían de seguro vencer á los degenerados españoles, y que haciendo ingresar una nueva conscripción en los depósitos, tendría con exceso los cien mil reclutas necesarios para esta empresa; que el grande ejército permanecería intacto entre el Óder y el Vístula para contener á la Europa; que por otra parte la Finlandia cedida á la Rusia y la Moldavia y la Valaquia también prometidas á la misma le garantizaban la cooperación del emperador Alejandro para el logro de sus designios; en suma, que lo que se proponía hacer en España era la última consecuencia de sus victorias: la instalación definitiva de su familia, la total consumación de su destino.

Sin embargo, todavía en el mes de enero de 1808, al volver de Italia, aun después de la causa del Escorial, no se había Napoleón decidido de una manera irrevocable, y solía volver á la idea de ceñirse á un casamiento que estrechase los vínculos de las dos naciones, cuando un incidente de familia vino á imposibilitar en cierto

tervenir en los asuntos de España, ha sostenido que jamás había aprobado lo que se hizo en aquella época. El fué el único que estimuló á Napoleón á alterar el estado de las cosas en la península, lo cual hacía casi inevitable el destronamiento de los Borbones: este hecho está comprobado por documentos auténticos; mas á la verdad, los despachos en que Mr. de Talleyrand da la razón de sus negociaciones con Izquierdo prueban que prefería el enlace con Fernando y la adquisición de las provincias del Ebro, al otro partido, más decisivo, de derribar á los Borbones. En esta explicación equívoca se apoya Mr. de Talleyrand al decir que no había jamás aprobado lo que se hacía en España. Lo cierto es que de todos modos excitó á Napoleón á acometer aquella empresa, al paso que los que más merecían su confianza, como el archicanciller Cambaceres, procuraban desviarle de ella; y dar la preferencia á la peor de las tres soluciones después de haberle impedido, no es seguramente un buen medio de esquivar la responsabilidad. (N. del A.)